

»Id, *Aurelio*, pasad desconocido:
Mauregato, también: *Silo*, adelantel
Vos, *Bermudo*, pasad, pues que habéis sido
más de rezar que de blandir amante.
¡Cuitado! al fin abdica arrepentido;
y su mal señalando ya expirante,
— ¡aquí! — decía en lágrimas deshecho,
— ¡aquí! — decía, y se golpeaba el pecho.

»Otro *Alfonso*, ¡salud! ya es el segundo:
cristiano fiel, prudente consejero,
blando en Lisboa, en Lodos iracundo,
viene á eclipsar la gloria del primero.
Rey *Casto*, el *Contrariado* por el mundo,
¿por qué fué el hado para tí tan fiero?
Con bravo corazón, con alma pura,
engañar el dolor fué tu ventura.

»Ahora *Ramiro* el vengador descuella.
A ver cual vuestra indómita milicia
esos normandos con rigor degüella,
pues *la vara* os llamáis *de la justicia*.
¡Más rigor... mucho más! si vuestra estrella
derrotando á Abderramen es propicia,
mientras haya un visir que esté en reposo,
ni ganas tengo para ser dichoso.

»Gloria á *Ordoño* el primero, aquel que airado
de Albaida y Salamanca al Moro arroja.
En Clavijo San Jorge va á su lado
montado en corcel blanco y con cruz roja.
Mas ¡ay! celoso de su dicha el hado,
al pueblo de su *padre* al fin despoja:
¿nunca vendrá ¡gran Dios! libre de penas
con ambas manos la fortuna llenas?

»Sube á Sierra Morena *Alfonso* un día,
y al mirar hacia allá de envidia llora.
Todo ese edén, señor, nuestro sería
con triunfos como *el día de Zamora*.
¿Por qué la suerte á tan buen Rey daría
hijos rebeldes y mujer traidora?
¡Cuán pocas veces el destino aún
la virtud, el valor y la fortuna!

»Pasad, no sin honor, pasad, *García*.
Lleno el segundo *Ordoño* de esperanza,
que la sangre de Alfonso arder sentía,
dejando á Oviedo hasta León avanza.
¡Qué rota la del Val, Virgen María!
Seguidlos al Roncal, dadme venganza,
y si no la hay, la esperaré siquiera;
que es menos infeliz aquel que espera.

»Pero ¿qué he de esperar, Dios soberano,
de un *Don Fruela* á quien el llanto arrulla?
Libertadnos de vos, Rey inhumano;
y vos, *Alfonso* el cuarto, rey cogulla.
Ven, *Ramiro*, libérenos tu mano
de un rey con peste y de otro con casulla.
Pronto un bridón, aplícale la espuela...
¿Porqué dirán ¡gran Dios! que el tiempo vuela?

»¡Ved ya á Ramiro! — ¡Fuera de Zamora,
de Talavera y de Madrid, villanos!
¿Queréis pelear? mejor, la sangre mora
va de Simancas á inundar los llanos...
¡Horrible lucha! En tan tremenda hora
mirándose invencibles los cristianos
ven que *Santiago* en su favor pelea...
¡Cómo cree el corazón lo que desea!

»Perdiste á *Ordoño*, *Sancho*, y te perdiste.
Ramiro el ruin, libra de tí la tierra.
¡Almanzor, Almanzor! ¿Quién lo resiste?
Guerra, *Bermudo*, á ese hijo de la guerra.
¿Dónde hallarás otro león, Rey *triste*,
si Almanzor de tu corte te destierra?
Todo el mundo no es patria, *Veremundo*:
la patria ¡vive Dios! es todo el mundo.

»¡Sus, Don Menendo! arrebatadamente
aguja por *Alfonso* tus corceles;
ya Almanzor llama á la ira de tu gente
— *el bárbaro valor de los infieles*. —
Ya está en Medinaceli, hacedle frente;
que muera aunque se entierre entre laureles.
¡Aníbal del Korán, tu gloria es ida!
¡El hacerse inmortal cuesta la vida!

»La última luz de Recaredo brilla
en *Bermudo* por fin, rey halagüeño,
á quien llama una crónica sencilla:
— *grande en saber, aunque en edad pequeño*.
Y tú, el primer *Fernando* de Castilla,
de algunos reyes tributarios dueño,
¿qué hacemos que de moros no libramos
la patria en que sufrimos y gozamos?

»Ya reina *Alfonso* el sexto, ¡buen talante!
Usad, usad del juvenil denuedo
antes que el tiempo vuestro ardor quebrante.
Ya asaltan ¡bravo! la imperial Toledo.
¿Quién fué el primero? El *Cid*. Siempre delante!
¡Ahora, vive Dios, blandid sin miedo!
¿Por qué? Porque del Tajo la corriente
les da un temple á las armas excelente.

»Mirad al *Cid*, en quien la fe cumplida
del pundonor y los amores hallo:
súbdito fiel los reyes intimida,
¡es tan grande *el mío Cid* para vasallo!
Está á triunfar tan avezado en vida,
que aun muerto vencerá puesto á caballo.
Vasallo sin señor, rey sin corona,
si se rompe Colada, entre Tizona.

»Vencisteis en Zalaca, mahometanos;
y en Uclés con más gloria todavía,
pues el hijo del Rey fué en vuestras manos
— *solaz de su alma, de sus ojos día*. —
¡Ay! ¡cuál lloran de pena los cristianos!
¡Cómo tañen los moros de alegría!
No hagáis ¡malsines! de placer extremos;
¡algún día en las Navas nos veremos!

»Ve á entregar *Doña Urraca*, como esclava
á un Lara ó Candespina el albedrío.
Vencedor de Almería y Calatrava,
Alfonso emperador, ¡salud te envío!
Fernando el noble, adiós, *Alfonso*, acaba:
reina ocho lustros: ¡qué tardar, Dios mío!
De un rey inútil el vivir ¿qué importa?
¡Y luego dicen que la vida es corta!

»¡Las Navas! Pues á todos se aventaja,
el cristiano escuadrón, al de Haro siga.
Guiadnos hasta allá, Martín Halaja:
tanto luchar, tanto esperar fatiga.
¿Cuánto hace que peleamos con ventaja?
Ya van quinientos años. ¡Dios bendiga,
almas de acero á quien el cielo santo
les ha dado el poder de sufrir tanto!

»¡Cuántos los muertos son que veis enfrente?
¡Ah! como escribe un árabe sesudo
hablando de Jerez: — *Tan solamente
el Dios que los crió contarlos pudo*. —
Colón iba á seguir. Mas de repente
Roldán pregunta: — ¿Y en dolor tan crudo,
canta como en Uclés la raza mora?
La sombra de Almanzor ¿dónde está ahora?

Colón leyó: — «Desde tu edad sencilla,
triste, *Enrique* el primero, fué tu estrella.
En Cádiz, en Sanlúcar y en Sevilla
Fernando el Santo estampará su huella.
¡Qué eriales son los campos de Castilla!
La rica Andalucía sí que es bella;
de cuanto cría Dios allí hay tesoros...
Pero ¡ay! ¡Andalucía es de los moros!

No así en el cielo, *Alfonso* diez, te encantes,
y olvides por tu mal el mundo impío;
¡ay! no fijan los hados inconstantes
la virtud y el saber, pobre Rey mío!
Son tus vasallos *fieros é ignorantes*;
tu hijo — *contumaz, rebelde é impío*. —
¡Qué importa, oh Rey! desprecia su flaqueza;
¡tanta desdicha aumenta tu grandeza!

»Siendo el honor de la española historia,
Don Jaime de Aragón entra en campaña,
rinde á Mallorca, y con inmensa gloria
ya á Valencia tomó, jardín de España.
Ya estrecha á Murcia, otro jardín; ¡victorial!
¡Gracias, Don Jaime!.. en mi inextinta saña
los héroes como tú conquistadores
son para el alma el sol para las flores.

»*Sancho* el cuarto es aquel, alma bravía,
engendrador de malos, é hijo malo,
el que escribió á un rey moro que tenía
— *en una mano el pan y en otra el palo*. —
Por él sacrificó Guzmán un día
á un hijo suyo, de su amor regalo.»
— ¡Oid! — grita uno. Y de Guzmán la historia
escuchan, embriagados en su gloria:

— «A Tarifa sitiaba en ese día
por Don Juan, un ejército africano,
y en él un hijo de Guzmán tenía
el Infante traidor, del Rey hermano.
— *Rendid la plaza*, — éste á Guzmán decía, —
ó asesino á vuestro hijo por mi mano. —
Hecho terrible que eclipsó el destino
del colega inmortal de Colatino!

»Calla el padre. Don Juan la voz levanta
y repite, en Guzmán el rostro fijo
y mostrando del niño la garganta:
— ¡*Rendid la plaza, ó asesináis vuestro hijo!* —
A cuya baja atrocidad que espanta,
Guzmán con ira y con desprecio dijo:
— ¿*Y á un hijo preguntáis de mis mayores
si ha de ser mártir ó traidor, traidores?*

— »¡*Muera mil veces! Mas de vos espero
que no vierta el puñal su sangre amada;
hijo noble de un noble caballero,
que sufra con la espada muerte honrada.
Mas como al ver vuestra bajeza infiero
que en vuestro campo no hay quien ciña espada,
prenda de vuestra infamia y mi hidalguía
(¡cobardes, no tembléis!) ¡ahí va la mía!* —

»Dijo, y la espada heroico arrojando, tal terror esparció con su energía, que una brisa, en un bando y otro bando, sembró un hielo mortal cruzando fría. Guzmán del muro se bajó temblando; mas bien, aunque temblaba, se veía que el temblor no era miedo, sino enojos que audaz lanzaba con siniestros ojos.

»A la voz de Guzmán, su alma indignada, al niño que reía placentero el traidor lo mató con mano airada. (Que era infante español decir no quiero.) ¡Sí, ¿lo creeréis? con la paterna espada pasó su pecho, á cuyo golpe fiero otra brisa que yerta corrió apenas, de ambos campos la sangre heló en las venas!

»Al ver entre la turba el hecho infando, de horror é indignación un grito estalla, que retumbó en un bando y otro bando, en la villa, en el campo, en la muralla. — ¡Asesinos! — con furia iban gritando aquí y allí, los nobles, la canalla; porque por dicha los infames hechos no hallan jamás perdón ni en bajos pechos.

»Guzmán sube al rumor del sobresalto; y al ver de su desdicha el trance duro, grave exclamó: — ¡Cuidé que un nuevo asalto hecho había al infiel dueño del muro! — Y despacio otra vez bajó de lo alto, pálido el rostro, mas con pie seguro, mostrando en su tranquilo movimiento que es rémora el rencor del sentimiento.

»En lo más hondo que en el fuerte había con su esposa después se retiraba, y contra el pecho de él ella gemía, y — ¡ahogadme, que no me oigan! — exclamaba. — ¡Ahogadme, que no me oigan! — repetía, y él, por ahogar su voz, casi la ahogaba: hasta que de él también turbios los ojos, dijo cayendo el infeliz de hinojos:

— »Acoged, justos cielos, esa ofrenda que os dan nuestros patrióticos desvelos; é inspiradnos la fe que nos defienda de nuestros largos é implacables duelos! Ella es de nuestro amor la única prenda: ¡la única, Señor!... — Así á los cielos el fruto encomendó de su cariño llorando el héroe cual si fuese un niño.

»Y entretanto que así corrió infecundo su llanto por la noche en fuente rota, de día, de su pecho en lo profundo, oculto iba cayendo gota á gota. Mientras fué claro su valor al mundo, su pena para el mundo pasó ignota; siendo así entre flaqueza y energía, padres de noche y héroes por el día.

»No sólo antes, — Colón siguió diciendo, — la vida un hombre por su patria daba, sino que altivo, en holocausto horrendo á su hijo mismo un padre degollaba.» — Cierto, — prorrumpen. Y siguió leyendo: — «El infeliz Guzmán mucho lloraba, cuyo llanto, aunque nadie lo ha escuchado, nadie que tenga entrañas lo ha ignorado.»

Y continuó: — «A Fernando el Emplazado un viejo musulmán dijo así un día: — *De Sevilla Fernando me ha expulsado; tu abuelo lejos de Jerez me envía; de Tarifa Don Sancho me ha arrojado; de Gibraltar tu espada me expatrió. ¿Y he de ir, por más que á tu bondad me quejo, al Africa á morir?* — ¡Sí, pobre viejo!

»¡Campiñas que el Salado fertiliza, la sangre os va á inundar! ¡Así, á degüello! ¡Qué mortandad! ¡por Cristo que se eriza cual si estuviese vivo mi cabello! Para siempre jamás se inmortaliza de los *Alfonso*s el postrer destello, volviendo á su carrera esplendorosa el pendón de las Navas de Tolosa.

»No hay, *Don Pedro*, quien de ira no se invidiendo tus obras de piedad desnudas. (flame No hay quien á *Enrique* contra tí no llame. En vano de él con el puñal te escudas. Déjalos, *Duguesclín*; ¿no ves, infame, que *pones rey si á tu señor ayudas?*... ¡Cayó *Don Pedro*!... Era tan inhumano que fué el *Caín* aun muerto por su hermano.

»Bastardo, ¿y de *Don Pedro* en la derrota gozarás? Sin virtud no hay alegría: ¿no es verdad que su sangre gota á gota te abraza el corazón día tras día? Huid, *Don Juan*, huid de *Aljubarrota*; ¿qué otro premio más alto merecía el que teniendo moros en su tierra fué á hacer, traidor, á los cristianos guerra?

»Pase el tercer *Enrique* sin fortuna, sin valor ni salud; el que decía — *que mejor que no rey, sin duda alguna un fraile del Abrojo parecía.* — Pase *Don Juan* segundo, y el de Luna, que cuando más en su poder creía, la reina que él buscó le perdió ingrata: ¡Dios nos hace querer lo que nos mata!

»*Enrique* cuarto...» — Basta: no merece, — prorrumpió Ruiz, — que de él nos ocupemos. — Sí, — contesta Escobedo, — me parece que hartos ineptos soportado habemos. — Pues bien, — dijo Colón, — ya que anochece, la triste marcha de Boabdil leeremos. — Leed su postrer ¡ay! — dicen en coro. — El último ¡ay! del último rey moro.

«En lo alto del Padul, frente á Granada, cuando Boabdil al Africa partía, sentado, y con la frente reclinada, — *¡Cómo me duele el corazón!* — decía. — *¡Si ha de ser esta mi postrer mirada, que no se acabe por piedad el día; dejadme, por Alá, que en mi tormento viva una eternidad en un momento!*

»*¡Oasis de un jardín! desde hoy el cielo no me dará un pesar, ni con la muerte; para todos los males hay consuelo menos para la pena de perderte.*

Tú sola y sola tú serás mi anhelo al morir de tristeza de no verte; para mí en tus hechizos florecía la última flor de la esperanza mía.

»*¿Me volverá la suerte de la guerra el solo bien que en la existencia quiero? Nunca su campo la esperanza cierra; y ya verás que cuando vivo espero. ¡Es un valle sin sol sin tí la tierra! ¿Volveré? Sí; por eso no me muero. ¡No lucho, patria mía, por salvarte; todo lo haré por tí, menos no amarte!*

»*¿Hasta cuándo, ¡oh dolor! no nos veremos? Nunca en creer que he de dejarte acabo. ¿Dónde una patria como tú hallaremos? ¡Mejor que en otra rey, fuera en tí esclavo!* — Boabdil haciendo de dolor extremos cayó en hondo estupor, hasta que al cabo dijo mirando á su Granada hermosa: — *¡Que sea, aunque con otros, venturosa!* —

»Así dice Boabdil, y el llanto enfrena. Mas pronto el pobre á suspirar tornaba viendo á su raza de pesares llena que lenta ante sus ojos desfilaba. Lloró, y llorando desahogó su pena, y en tal dolor, su madre que pasaba: — *Llora como mujer,* — le dijo al triste, — *ya que morir como hombre no supiste.*»